

LA GENERACION DEL 36 ANTE EL QUIJOTE

POR

JOSE MARIA FERNANDEZ MENENDEZ

Existe un concepto de «generación» que presente dos facetas: la idea vulgar de la misma y la idea científica. La bibliografía de esta última es ya suficientemente amplia para que nos detengamos aquí a reseñarla y mucho menos a criticarla y tomar una posición personal o parcialista. Dejemos a Petersen, Pinder, Ortega y demás tratadistas con sus teorías y contentémonos con la acepción intuitiva y a científica de generación, como un conjunto de personas de una aproximada edad, unidas, además, por el denominador común de las mismas inquietudes ante idénticos problemas y con cierta tendencia a unas soluciones similares.

Y en este aspecto podemos, muy bien, sin temor a mayores contradicciones, admitir la existencia de la generación que se ha llamado «del 36», «de universitarios», «de la guerra», etc., y que, con una formación muy parecida, se encontró frente a determinadas cuestiones de todo orden y tuvo que sostener, arma al brazo, la lucha en una guerra civil de reciente y profunda huella.

Una de las encrucijadas que se abrieron ante los ojos de los

jóvenes universitarios militantes fué la de su postura frente a la moral quijotesca, de cara al complejo que Cervantes supo encarnar en la figura insuperable del caballero manchego seguido, material ideológicamente, por el socarrón Sancho. La comprobación de sus reacciones cara a la obra eterna bien puede ser—a manera de test— un síntoma de su contextura intelectual y de sus horizontes de aspiración; de su pensar y de su querer.

Porque el Quijote ha sido juzgado constantemente, lo mismo por generaciones de extranjeros que por generaciones de españoles; y así como los unos han evidenciado su amor o su resentimiento nacional tomando como pretexto el discutido libro, o lo han utilizado como base de su pensamiento partidista, otros han destacado algún aspecto que hoy nos puede servir para caracterizar esas generaciones sucesivas, encajadas en más amplios compartimientos de épocas o períodos. Eugenio Frutos ha visto este aspecto y dice: «El Quijote cervantino es una de las obras espirituales de rica sustancia, capaz de alimentar almas muy diversas, de fundamentar opiniones muy distintas y de procurarnos una casi infinita colección de perspectivas» (1).

En efecto: hay perspectiva distinta para cada etapa. Y así, el barroco ve al Quijote como obra de burlas; no penetra más hondamente; ve solo el follage, sin intentar calar lo interno, lo constructivo, lo arquitectónico; lo mismo que la vista vaga—y baja— por los contornos de la columna salomónica y la cargazón de los pámpanos y los angelotes de un retablo o de una portada, el pensamiento no entra en lo más recóndito del libro, y este es solo un entretenimiento y don Quijote el hombre que hace reír.

El neoclasicismo tiende a la línea escueta; desprecia lo accidental; desnuda los muros y se queda con el armazón; tiene el afán de construir con líneas y restaurar el frío esquematismo de la lógica aristotélica; y el neoclasicismo ve en el Quijote el símbolo, lo ra-

(1) Eugenio Frutos: «La interpretación filosófica del Quijote» «El Español» n.º 234, 19 Abril 1947.

cionalista histórico, la abstracción, la línea constructiva. Y conceptúa al Quijote como el tipo escueto y magro del idealismo y a Sancho como el realista, y se complace así en la contraposición absoluta y plena de la antinomia.

El romanticismo cobra gusto por lo histórico, lo local, lo típico, lo sentimental. El bueno de don Quijote deja de ser el protagonista de una novela divertida; se le destrona de su arquetipismo idealista y se piensa tan solo que el Caballero de la Triste Figura puede ser un hombre real, viviente, aquejado por las mismas inquietudes de todo morador de esta tierra manchega y que puede ser el tipo nacional, esforzado y paladín de las causas justas, emblema del español lanzado siempre a empresas utópicas.

Un final de siglo XIX no bien caracterizado aun, abomina del libro y del caballero, lo mismo como tipo que como arquetipo, al propio tiempo que reclama se cierre con siete llaves el sepulcro del Cid y soporta la liquidación definitiva de lo poco que restaba de un imperio sin noche. Mas tarde, en días cercanos a nosotros, las ciencias se dividen y subdividen en especialidades y todo se somete a un análisis y balance minucioso; y surgen los comentarios de palabra por palabra y el espigar frases, refranes, giros, temas y detalles; es la época de la erudición y de la disección. A todo más, se intenta la reconstrucción de una ideología que va, lo mismo de la erasmiana que le atriye Americo Castro, a la política, o a la exotérica de algún otro investigador.

Y en este momento, cuando aun apenas se ha leído la historia del ingenioso hidalgo, tras una guerra catártica, en la que bien pudo ser el libro un recreo intelectual entre dos ataques, una nueva generación, la del 36, emite su nuevo juicio y evidencia un estilo y una conformación espiritual a la manera de otras generaciones que la han precedido en la misma tarea crítica.

El periódico *El Español*, en su primer número, extraordinario, y que apareció el día 31 de octubre de 1942, pulsó o pretendió pulsar esta opinión de la nueva hornada de jóvenes, y aunque no muy

amplia la requisitoria, fué lo bastante significativa para poner de relieve una postura claramente definida.

Bajo el epígrafe «Nuestra generación ante el Quijote», aparecen en el número del semanario aludido, las opiniones de Luisa María de Aramburu, José Luis Colina, A. Fraguas Saavedra, A. Abad Ojuel, Jesús Revuelta, Rafael García Serrano, Manuel Suárez Caso, y más tarde, Ernesto Giménez Caballero, que estimó pertinente hacer oír su voz, aunque no hubiese sido consultado de primera intención. (1)

Sería sumamente interesante reproducir aquí las opiniones completas de los literatos que respondieron a la encuesta; pero ello haría demasiado extenso este trabajo y el lector interesado podrá comprobar los textos en los números de *El Español* a que hacemos referencia en la nota bibliográfica adjunta.

Luisa María de Aramburu sigue creyendo en el Quijote y dice que «en la frase del mundo, el español es siempre quijote; pero ¡ay de aquel que llevando esta sangre, no lo sea!»

José Luis Colina pide que nos devuelvan a don Quijote, porque «lo han escarnecido los eruditos, los superficiales y los idiotas. Los eruditos buscando afanosamente ediciones Príncipe y numerando de cinco en cinco los renglones que contienen la gran historia del hidalgo manchego; los superficiales hinchando la voz o inventando frases redondas, que en el andar de los tiempos se convir-

(1) Además de los trabajos que aparecen en el número primero de «El Español», citaremos, por hacerse referencia a ellos en estas páginas, los siguientes artículos:

Eugenio Frutos, loc. cit.

«Ettore Zuani ataca a Giménez Caballero y difama a España». («El Español», año V, núm. 232, 5 abril 1947.

Svend Borberg: «Don Juan y don Quijote». («El Español», año II, núm. 43, 21 agosto 1943.

Rafael Sánchez Mazas: «A don Angelito, sobre la compasión a don Quijote». («El Español», año II, núm. 12, 16 enero 1943.

E. Giménez Caballero: «La vuelta del Quijote». («El Español», año I, núm. 4, 12 diciembre 1942.

tieron en tópicos tremendos sin puntos débiles por donde atacarlos; los idiotas haciendo caso a los eruditos y a los superficiales».

Fraguas Saavedra se queja de que no hay niños en los paisajes y caminos del Quijote; y sin embargo, «padre de todos los hijos y campesino de todos los campos son las más bellas y perfectas facetas del Don Quijote».

Abad Ojuel dice escuetamente: «Sin miedo al tópico, soy un fervoroso creyente del Quijote». Y luego añade: «Y este milagro de vivir en la muerte, de resucitar cuando la llama del genio parece extinta de embellecer la dura realidad de la patria con nuestros sueños mejores, es privilegio que solo España—como su símbolo don Quijote de la Mancha—ha recibido de Dios.»

Hasta aquí los optimistas, o mejor aun, los adeptos a la tradición quijotesca de afecto y entusiasmo por el libro y su héroe. Este grupo parece justificar la frase de G. Díaz-Plaja, cuando aseguraba: «Si la interpretación depresiva correspondía lógicamente al pesimismo ambiente del 98, ¿cómo no pedir para la España de hoy la versión afirmativa y fervorosa de la empresa quijotesca? ¿Esta tercera y definitiva interpretación?».

Vamos ver que no hay tal fervor entre estos jóvenes del 36.

He aquí la respuesta de Jesús Revuelta, bajo un título bien elocuente; «Por qué no nos gusta don Quijote». Y dice: «Don Quijote» es un medio ser. Una fracción, la mayor o la menor de una unidad ideológica, pensante y sociable que llamamos hombre. Responde a la idiosincrasia de los hombres que comenzaron la decadencia española, porque no siguieran aupándola sobre todas las tierras del orbe». Y termina: «En este siglo, don Quijote hubiese sido un caso clínico de un psiquiatra de la escuela de Freud, Jung o Adler, que hubiera diagnosticado seguramente: Es un caso de inadaptación al medio, consecuencia del celibato».

También el título de las cuartillas de Rafael García Serrano es significativo: «El mito quijotesto». Estas son algunas de sus palabras: «Don Quijote fué un loco; un loco a secas y nada más. Un loco superior a curas, duques, canónigos y barberos. Pero ¿qué

español de aquel tiempo de no estar rematado, hubiese elegido lanzarse a un intermedio de salteador, guerrillero y andante, en lugar de asar herejes, colgar piratas o ganar nuevos mundos al misterio?... «No hay más remedio que vencer al desengaño día a día, tirar a la tristeza por las ventanas, y afirmarse que aun nos sobra fé para las empresas que están delante y las que aguardan en el porvenir. No renunciar nunca a nada grande. No arrepentirse nunca como se arrepintió don Quijote a la hora de la muerte, igual que un ateo cualquiera. El llamó, a la vejez, como el ateo, al cura»..

Manuel Suárez Caso titula su diatriba «Don Miguel y don Miguel». Y escribe: «Cuando España en la decadencia, leía su obra cumbre, no encontraba más que el ejemplo políticamente negativo: la saturación espiritual sin destino, sin dirección y el jolgorio de la belleza épica precisa para recibir un golpe con el enfático acompañamiento de cualquier frase más o menos filosófica. Así hemos circulado por el mundo, vueltos cobardemente a nosotros y justificando cualquier despojo o cualquier menosprecio nacional con la adopción del aire quijotesco...» Y continúa luego el articulista: «Frente a Quijano, Alfonso II; frente a Quijano, el Caballero de las Navas; frente a Quijano, Guzmán; frente a Quijano, el cardenal de los sueños argelinos; frente a Quijano, el de Pescarà; frente a Quijano, los navegantes, los descubridores, los conquistadores. Por encima del espíritu doméstico e intermesetario de Quijano, ese temblor de brisa heróica y ese rebrillo de tornasol—que igual puede venir del astro que de una llama—que se posan en la pluma del chambergo de cualquier español en Flandes. Y, por encima de Alonso Quijano, el mismo Miguel, soldado en galeras cristianas».

Gimenez Caballero en frases de panfleto, califica al Quijote como el libro más peligroso de España: «Cervantes un genial hipócrita, un espíritu entre dos vertientes, un «vértice»; «la juventud cervantina se nutrió decididamente en la «liberal Italia». «Don Quijote es la primera piedra inaugural en el edificio de la burguesía española; lo que empieza don Quijote termina en el astracán;

don Quijote fué el primer gran éxito de público en España; es el nacimiento de la España quijotera, sensible, humanitaria, liberal, pacífica, derrotista y renunciadora. En el resentimiento cervantino deben entrar seguramente algunas gotas de sangre judía. El Quijote va siendo traducido, primeramente en países de tipo reformista, protestante, burgués: Inglaterra (1612), Francia (1614), Alemania (1621); Italia, sede de Roma, fué de los últimos países en acogerlo. España debe recordar todos los días las pocas voces honradas que nos denunciaron el Quijote, implacablemente, a través de los años; William Temple, que lo califica de «causa de la ruina de España»; Steale, que asegura que ese libro ha destruído completamente el coraje de la nación española; de Foe, de Byron: «Fué un gran libro que mató a un gran pueblo»; recordar las frases condenatorias de Lope de Vega, de Barbey d'Aurevilly...: Debe recordar el español que don Quijote mató nuestro mito nacional, el Cid; que el señor de los débiles españoles—don Quijote—venió el señor de los españoles fuertes.

Sigue asegurando Gimenez Caballero, en su andanada debeladora, que desde Cervantes solo existieron como grandes escritores españoles, los rencorosos, los resentidos, los humoristas, los irónicos y excépticos: Quevedo, Gracián, Villarroel, Feijóo, Cadalso, Larra, Valera, Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Ramón....

Y el autor de «Yo, inspector de alcantarillas» termina con esta apóstrofe: «¿No será la hora, jóvenes españoles... de liberarse de esa espantosa transmisión siniestra, peor que una heredofilia del espíritu? ¡Hay que ir al antiquijote en España! ¡Hay que tributar culto a esos escritores benditos, alegres, serenos y acríticos, como un Berceo, como un juglar de Medinaceli!... ¡Hay que utilizar la crítica, la ironía, el rencor y el sarcasmo para dar marcha atrás, para corroer el espíritu quijotesco de España y sus fantoches burgueses, antiheróicos y antinobles!... ¡Acabar con la ironía a fuerza de ironía! ¡Asesinar nuestro criticismo a fuerza de criticismo! ¡Ir nuevamente hacia el dogma, la fé, la pureza y la sencillez!»

«Hoy la juventud sueña con Amadis. En el genio de España

brilla la luz del heroísmo. No solo con la intuición noble de don Quijote, sino con las armas refulgentes del Cid y el poderío de Mañana. Alma de Quijote, sí. Pero con fuerza y armas. ¡Imperio! ¡Imperio!»

Como se vé, el Quijote es atacado de una manera violenta—y virulenta—. Y se presta a una seria consideración el fenómeno: este fenómeno de que los primates de una generación renieguen abiertamente de una obra considerada hasta hoy, salvo contadísimos casos de excepción, como el exponente de nuestra manera de ser y como el retrato inigualable y acertadísimo del español.

Y este fenómeno singular es aun mucho más digno de nota, si se tiene presente que la abjuración, el desvío, parte de una generación que, como dijimos, ha militado en la empresa innegablemente quijotesca, con todas las íntegras características del quijotismo, de oponerse resuelta y heroicamente a los entuertos del gigantesco comunismo, peleando arduamente contra un enemigo descomunal, mientras en regiones extrafronterizas sospechaban que no eran gigantes, sino precisamente molinos de viento, figuraciones y fantasmas contra los que se lanzaban los tiros de esta generación, y que peleábamos con toda la deficiente preparación que tenían también las armas de don Quijote; que si éste tenía aderga de cartón y mellada y oxidada la tizona, apenas había en nuestros parques cuatro cañones y en nuestros aeródromos tres aparatos útiles y en nuestros astilleros algún barco que sirviese para algo.

Pero había bajo los uniformes un corazón ardiente y quijotesco, y bajo los cascos de acero, como bajo el yelmo de Mambrino, ideas elevadas; y estaban los ojos abiertos a nobles aspiraciones y en todo el cuerpo vibraba un ansia incontenible de dinamismo y de coraje. Fuimos Quijotes en nuestra guerra y seremos Quijotes siempre. Y por eso es más extraño aun que esta generación de combatientes, esta hornada de héroes, haga pública confesión de horror hacia el personaje que encarna toda esta complejidad magnífica y soñadora.

Concretemos, sin embargo y sucintamente en forma esquemá-

tica el jugo de todas estas andanadas que contra el Quijote se lanzan en frases rotundas, ásperas e hirientes.

Las acusaciones que se vierten por los elementos de la generación del 36 a que hemos hecho referencia pueden sintetizarse en cuatro apartados, mejor o peor deslindados: El proceso abarca a Cervantes, al libro como tal, a la figura de don Quijote y a su ejemplaridad.

Contra Cervantes se dice que es un liberal y que era un judío. La tara de liberalismo se fundamenta en su decidida formación en la «liberal Italia», con tendencia a la vertiente modernista, renacentista, en oposición a la medieval, dogmática y absolutista. Nosotros creemos que esta interpretación es falsa e hija de un claro sectarismo partidista de Américo Castro, del que toma Gimenez Caballero pie para sus afirmaciones. Cervantes, en el bisel de dos épocas históricas, se ve incluido por nacimiento y acaso por formación, en la vertiente de acá, en el plano de lo moderno, de lo renaciente. Pero hay tanto en su vida de ciudadano ejemplar y de ejemplar soldado y en su obra de escritor, tal nostalgia innegable de lo anterior, de lo dogmático, de lo medieval, que la acusación cae por su base.

Esta añoranza relevante se desprende de toda su asendereada vida y fluye de toda su producción: todos sus idílicos cuadros de «La Galatea» y los magníficos discursos quijotescos de las armas y las letras, así como el de la edad dorada, no son más que los brotes exuberantes de un alma aprisionada por el ambiente y que tiende a surgir por la más diminuta fisura, como el fuego de un volcán que revienta la tierra si no sale a la luz del sol: «Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma, simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificios o rodeo de palabras para encarecerlos. No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios terminos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menosprecian, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había

sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado».

¿Y toda la narración de las aventuras del Ingenioso Hidalgo no es también un recuerdo nostálgico de la época heroica de los caballeros andantes sin los extremos ridículos a que en sus últimas versiones habían llegado? ¿Por qué se salvan del escrutinio del cura y del barbero el Amadis el Tirant lo Blanc?... El primero por ser el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; el segundo, porque por su estilo es el mejor libro del mundo: «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen». Y van al fuego Amadis de Grecia, por las endiabladas y envueltas razones de su autor; y las «Sergas de Esplandian», porque no ha de valer al hijo la bondad del padre; y «Don Olivante de Laura» y «Jardín de Flores», porque, en verdad, no sepa determinar cual de los dos libros... es más mentiroso»; y «Florismarte de Hircania» «por la dureza y sequedad de su estilo»; y «El Caballero Platir», «porque no hallo en él cosa que merezca venia»; y «El Caballero de la Cruz», «por su ignorancia»; y «Reinaldos de Montalban» con sus amigos y compañeros, por ser más ladrones que Caco... y don Belianis de Grecia «por la demasiada cólera suya y por todo aquello del Castillo de la fama y otras impertinencias de más importancia...».

Y a última hora se salva también «Palmerin de Inglaterra», porque él por sí es más bueno y porque las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones, cortesanas y claras que guardan y miran al decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento.

Cervantes era, en el fondo, un partidario de la caballería andante, pero la bien entendida, no de la ridícula y ficticia, sin sangre y sin contenido, que es a la que satiriza en su libro genial, porque la verdadera caballería fué defendida fervorosamente por Quijote el bueno (1). «Y volviendo a lo de arriba (el caballero andante) ha

(1) «Quijote» Parte Segundo, cap. XVIII.

de guardar su fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla».

No hay aquí burla ni desvario de un loco; es este un hablar de cordura y un manifestar lo que íntimamente se siente y profesa, es una aspiración elevada y ejemplar, muy ajena a un renacentismo liberal y anárquico. Y, por eso, añade luego al discutir si existieron o no los caballeros andantes:

«Lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque (de su error) y le dé a entender cuan provechosos fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuan útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo».

¿Cervantes liberal? De ningún modo. Bien claro está que no. Caballero nostálgico de una caballería de la mejor y más real caballería andante.

De Cervantes se dice también que era judío: «¡Esa nariz corvina, esa cargazón de hombros, ese tono rojizo de su pelo y esa piel pálida suya...! El judío Andres Suárez, al pintar a Don Quijote como una pálida y fraterna divinidad rabinica nos acerca a esta hipótesis (Gimenez Caballero).

A nosotros se nos antoja un poco rencorosa y un mucho malintencionada esta acusación. Pero no creemos oportuno insistir en estas cuestiones raciales. A fin de cuentas, lo que interesa es el libro de Cervantes, el libro que nos dejó. Y del libro se puede decir lo que decía el Rabi Dom Sem Tob—que esté sí era verdadero judío—, de sus Consejos morales»:

Por nacer en espino
yo non siento
que pierde la rosa;
ni el bon vino
por salir del sarmiento.

Non vale el azor menos
 porque en vil nido siga
 nin los enxiemplos buenos
 porque judío los diga.

Veamos ahora las diatribas que se lanzan contra el «bon vino» salido de los sarmientos cervantescos. Escuchemos a esta generación de jóvenes impetuosos enjuiciar el libro de las aventuras del Ingenioso Hidalgo.

—Es un libro de desengaño. Es un libro triste.

—El Quijote es el libro más peligroso de España.

—Influye el Quijote, primeramente, en los países predisuestos al mal, Inglaterra, Francia, Alemania.

—El Quijote era la avanzada del espíritu burgués, que daba la Inicial y más tremenda arremetida contra el espíritu heroico y guerrero en España:

Si. Realmente es cierto que el Quijote es un libro triste y de desengaño; triste aunque surja a cada párrafo la carcajada sonora. Es triste porque vemos el fracaso continuo del héroe que ha sabido adueñarse de nuestro corazón y de nuestro amor; y sentimos como propios sus reveses y sus golpes; pero este robarnos el alma tiene una razón; y nosotros creemos que la razón de nuestra simpatía incondicional y fervorosa hacia el bueno del caballero de lanza en ristre es la de que piensa como nosotros pensaríamos en circunstancias iguales; y nosotros iríamos dolidos a desfacer entuertos y redimir doncellas donde quiera que los unos y las otras existiesen; piensa como nosotros y quiere como nosotros y ansia y apetece lo que los españoles hemos estado apeteciendo siempre y nunca lo hemos logrado plenamente; somos quijotes inexorablemente, y por eso nos duelen, como si en nuestra misma carne cayesen, los golpes que sufre el Hidalgo; y nos entristecen sus desventuras, aunque no podamos reprimir la risotada franca y un poco doliente.

Es un libro de desengaño. Acaso lo sea. Pero si el hombre es el único animal que tropieza dos veces en el mismo obstáculo, el es-

pañol es el hombre que tropieza mil veces en la misma piedra; y es porque no se puede desarraigar de nuestro carácter la exclusiva manera de ser; y si es cierto que existe el refrán de que se debe escarmentar en cabeza ajena, no es menos cierto que existe también el apotegma de que la letra con sangre entra; y que tenemos que sentir en nosotros mismos el flagelo de la desgracia para que derivemos nuestros pasos por otros senderos. El Quijote puede ser un libro de desengaños; es cierto; pero al fin y al cabo, todo en la vida es un desengaño perpetuo; y acaso no sea ésta la menor alabanza del libro de Cervantes que ha sabido ser, entre bromas y veras, el libro de la vida, el retrato de nuestro peregrinar por el mundo.

Pero admitamos toda la desengañadora lección del libro. También existe la Pedagogía del fracaso, fundada en el principio sangriento del aprendizaje. Si el desengaño nace de la relación de las aventuras del Quijote, he aquí la aleccionadora experiencia que puede hacernos ver la necesidad de aplicar todo nuestro heroico comportamiento a empresas más reales, de que pongamos cuanto somos y podemos al servicio de causas elevadas, al de una realidad cierta, pero conservando siempre nuestra acometividad, nuestra decisión, nuestro empeño y nuestro irreprimible ímpetu como lo conservó hasta la última hora el Caballero de la Triste Figura.

Libro de desengaños, sí; pero libro estimulante, libro aleccionador y libro que nos retrata y nos ve por dentro, con todo el amasijo extraño de nuestra psicología que pone en juego el esfuerzo humano y sobrehumano en deshacer un tiquis miquis, en aclarar un punto de honor; que lucha hasta el último aliento, no por el huevo, sino por el fuero, lo cual fué siempre la línea melódica de nuestra historia.

El Quijote, avanzada del espíritu burgués. Así lo dice Giménez Caballero. Y creemos que no solo exagera, sino que se equivoca. No hay en Don Quijote, ni hay en el libro cervantino nada de burguesismo; no hay en este libro, ni anarquismo, ni individua-

lismo, ni indisciplina ni ninguno de los vicios que pueden achacarse a la burguesía.

La relación de las aventuras quijotescas no tiene el menor asomo de anarquía. Don Quijote obedece fiel, recia y tajantemente a los estrechísimos códigos de la Caballería andante; y encarnándose en paladín de ellos, los difunde, y los impone por la fuerza de las armas y de su brazo. Es Quijano el hombre íntegro, intransigente, que acepta, sin discusión, lo preceptuado; lo cumple fervorosa y ascéticamente y quiere hacerlo cumplir, de un modo apostólico, a los que le rodean. Y aun más: es respetuoso y obediente a los más rigurosos postulados del protocolo y de la urbanidad. Nada de indisciplina ni de anarquía, sino todo lo contrario: sumisión, obediencia, respeto y sociabilidad cordial.

Y tampoco tiene Don Quijote nada de burgués; no se encuentra en él el afán de comodidad que es nota característica de esta clase de ciudadanos. El sacrifica el sueño, la mesa, las aficiones, el dinero—el, poco que tiene—; todo por sus ilusiones, todo por su dama, por el bien de la república y por Dios. 'Sigue aquella norma ya tradicional al decir de Benedetto Croce entre los españoles (1):

«Pon la honra, pon la vida, pon los dos:

honra y vida, por tu Dios».

Es imposible, para Quijano, el conformismo, los arreglos, el tira y afloja, el que definiríamos hoy como «chaqueteo», y que es otra prerrogativa burguesa. El caballero es íntegro, tajante, definitivo; no admite paliativos, para lo que él cree o para lo que está estatuido. Su Dulcinea es la mujer más hermosa, como todos conceptuamos a nuestra dama y a la mujer: y es hermosa, sin ninguna concesión infravalorativa. Y aun después de apabullado a golpes de piedras y de infortunio, persiste en sus apreciaciones, porque la

(1) Franciosini: «Diálogos apacibles», pág. 169. (Cit. prr B. Croce): «España en la vida italiana del Renacimiento». Edic. Imaz.—Buenos Aires, 1945, páginas 243-244.

verdad no tiene más que un camino y todas las circunstancias no desvían ni desvirtúan lo que es así por principio. Es hombre de posturas absolutas, como lo fué y lo es siempre el español. Y no es esto locura ni cerrazón mental: es simplemente la exteriorización de la intransigencia de la verdad ante el error; intransigencia que nos trajo el beneficio de la Inquisición, de las luchas contra el turco, de Colón—intransigente y sin admitir distinguos—, cuando intentaba descubrir un nuevo mundo. Intransigencia de Numancia, de Covadonga, de Isabel y Fernando, de Cortés, de Trento y Felipe II; intransigencia bendita, aunque ella nos trajese también algún descalabro.

No hay en Quijote ese culto al cuerpo que es dote burguesa; ni la adoración a las riquezas y al dinero, netamente burgueses. Apenas se preocupa de sí mismo; vive enfebrecido por sus empresas; es un espíritu ensimismado en su idea y en la ejecución de ella. Para él no existe nada de lo que es vital e indispensable para los Sanchos orondos y burgueses. Es únicamente un caballero que bien podría haber retratado el Greco, en perenne subida con los pies elevados del suelo, en íntegra ascensión, alargado y enjuto y con los ojos encendidos en fervor.

Porque el mundo en que vivió el libro de Cervantes era burgués, decididamente burgués, pudo burlarse del protagonista, del libro y del autor. Y era burgués aquel mundo, porque no tenía ya ansias de imperios, ni apetencias, ni deseos, ni estímulos, ni fe. Porque cuando todo esto existía, se combatía a los gigantes con el desenfado con que se lucharía con aspas de molinos; y se peleaba con aspas de molino de tranquilo girar con el ardor con que se guerrearía con gigantes desmelenados.

Cuando había fe, entusiasmo, ansia, inquietud, de un rebaño se hacía una nación; de una bacía de barbero, un yelmo de soldado; de una línea en el mapa, una travesía; de una fantasmagoría en la redondez problemática de la esfera, un Imperio para el César y para Dios; de una herejía, un Concilio que era un gloria para el Cristianismo; todo movido por el fervor de caballeros andantes

que encontraban castillos y gigantes en los molinos, las líneas y las ideas.

Y todo esto le venía ancho a un mundo en decadencia; a un mundo antidogmático, indisciplinado, cansado y carcomido por un renacentismo sensual y decadente. Por eso, pudo reirse la burguesía de entonces, y por eso podemos reirnos nosotros, que somos también algo decadentes, indisciplinados y antidogmáticos.

Marca—y ello es cierto—el Quijote, el comienzo de la decadencia de España; el nacimiento de la España sensible, humanitarista, liberal pacífica, derrotista y renunciadora, como dice Giménez Caballero. Pero lo marca el Quijote, a su pesar; y no por ser Quijano, ni el libro de Cervantes el defensor y el inspirador de todo ese mundo ruinoso, pues ya hemos visto que en la relación de las aventuras quijotescas se acumulan todas las virtudes opuestas a todos esos vicios. No es don Quijote el paladín de toda esa psicología burguesa, sino que es precisamente todo lo contrario: el clarín que proclama con vibrantes y metálicas notas, cómo muere —tristemente—todo aquello enaltecedor y entusiasta; es realmente el canto del cisne, que no logra galvanizar un mundo que ha perdido sus horizontes dilatados. Por eso, el Quijote señala la decadencia española, como la última victoria mojonera el final de la contienda. El Quijote es la última y definitiva encarnación de toda la sublimidad anterior; es la definitiva victoria de un mundo exuberante.

Se ha dicho también que don Quijote era un medio ser, un loco, un caso de inadaptación al medio. Sí, solo en la cabeza caldeada de sueños podía surgir la fantástica osadía de sentirse depositario de toda la herencia de los mejores épocas anteriores; había de ser, necesariamente, un loco, quien no pudiese adaptarse a un medio repugnante por rastrero, conformista y ruín; tenía que ser un demente quien soñase aun con empresas de gloria, como habían soñado antes todos los españoles; cuando los españoles de entonces comenzaban a retirarse a sus casas, cerrando los ojos al mundo, abandonando los lugares en que había sido conquistada la

gloria, para enfrascarse en la intriga palaciega o en el mangoneo municipal. Loco; pero loco de nobleza, como habían sido locos todos los que nacidos en esta tierra de forma de piel de toro no habían encontrado barreras para sus ambiciones de gloria. Pero no era Quijote un medio ser, sino un ser completo, íntegro, totalitario, pues no solo discurría felizmente— ¡cuántos quisiéramos discurrir con tanta lucidez como él!—sino que era, además, el hombre de acción que ponía en práctica, con todo ardor, lo que consideraba necesario; y aun, aun, llegaba, en su delirio, a imaginarse las situaciones que una circunstancia impensada la sugerían. Inteligencia, memoria, imaginación, músculo... Todo vibraba reciamente en el bueno de Quijano. ¿Quién puede decir que tenga tan a punto todas sus facultades? No medio ser: si acaso, doble ser.

Se ha cometido la enfadosa y por otra parte, insincera faena de comparar y contraponer al Quijote y al Cid. No hay paridad en el contraste. No hay tampoco razón para este enfrentar a los dos personajes; ni el uno excluye al otro, ni el otro es reverso del primero. Son dos héroes de la misma madera; en ambos hay el mismo concepto del honor, del esfuerzo, de la aventura, del servicio al Rey y a la Patria; el mismo ardor combativo; la misma ternura en el corazón; la misma intransigencia ante el enemigo y el mismo respetuoso rendimiento ante la dama; Quijote tiene alma de Cid y Rodrigo tiene corazón de Quijote. Estudiemos cualquier episodio de sus vidas inquietas y veremos reflejarse la misma imagen en el espejo de sus entrañas.

Y, si acaso, aun tenemos para Quijano un adarme más de admiración; pensemos que casi todas las hazañas del De Vivar fueron coronadas por laureles de victoria; recapitemos por un momento cual sería la reacción del conquistador de Valencia si una tras otra de sus empresas hubiesen terminado en el fracaso y en el moler de huesos. Quizá no le quedasen ganas de nuevas «fazañas». Y acaso, sí. Nosotros creemos que sí; porque creemos que también el Campeador fué un Quijote histórico de la misma fibra que el creado por la imaginación del Manco de Lepanto.

Pero en Quijote tenemos que ver—sobre el Cid—la grandeza de su ánimo, superponiéndose a todos sus vencimientos, saliendo más puro y más animoso de cada derrota, siguiendo con ánimo inmarcesible el sendero áspero y dolorido que su destino le marcaba. Caballero siempre, y más en la desgracia, que cuando la victoria cubre a uno con sus alas, acaso sea mucho más fácil ser hidalgo.

Por eso es una blasfemia desear héroes que triunfen siempre; la historia—y nuestra historia sobre todo—está zurcida de victorias y de derrotas; pero éstas son, con seguridad tan ejemplares y tan eminentes como aquéllas. No hay victoria comparable en heroicidad y grandeza a la gesta desgraciada de Numancia. Y hablando de nuestro tiempo, Toledo y Oviedo pudieron sucumbir; pero no dejarían de ser episodios tan gloriosos como el Simancas o Santa María de la Cabeza... Y quizá no venga a destiempo aquella frase de José Mor de Fuentes cuando decía: «No faltan cavilosos que imputan al Quijote el efecto imaginario de acobardar y afeminar la acción... Mi íntimo amigo Velarde, su digno compañero Daoiz, el inclito don Mariano Alvarez de Castro están a voz de pregón desmintiendo esta calumnia».

También se acusa al libro cervantino de burgués, fundándose en que son naciones tocadas ya de sectarismo y de renacimiento protestante las que primero le acogen y le traducen. La razón es débil; porque muy bien pudieran recibirlo esas naciones con alborozo, acaso por sus quilates humorísticos, acaso por la vecindad, el trato con la España de entonces, la sospecha de un éxito definitivo al conocer el que en España había alcanzado. Nos es prueba concluyente, ni mucho menos para cargar al bueno del libro inmortal la joroba de burgués por haberle aceptado también naciones burguesas.

¿El Quijote libro peligroso? No lo creemos. El es nuestro retrato, la película de nuestro ser, con una moraleja trascendente y ejemplarísima. El nos da la satisfacción de sentir bullendo en nuestro corazón todo ese arrojito entusiasta y decidido, que se une a

un enjuiciamiento certero y a un fondo moral y sentimental loable; nos sentimos satisfechos de nuestras apreciaciones en cuanto a sensibilidad; de nuestros razonamientos lógicos y a nuestra acción, siempre en potencia de ser decisiva; pero nos encontramos con la ejemplar circunstancia de que en muchas ocasiones tenemos que verter sentimientos, razones y acción en empresas diminutas, sin trascendencia, sin utilidad; en episodios fútiles, como lo hacía Don Quijote luchando fieramente contra rebaños o molinos. Debemos buscar, como en los mejores tiempos, verdaderos motivos, altos fines, definitivos gestos.

Esta es la gran lección del Quijote: porque cuando los españoles se cansaron, y vino el desánimo y el cerrar las conchas de las fronteras y el borrar el horizonte al mar y a los Pirineos, entonces surgieron las minucias, los verdaderos molinos, en que nos volcamos con todo el ingente peso de nuestro rico aval interno; y las intrigas y comadreos sustituyeron a las gestas y a la diplomacia; el comercio y el trueque de un jarro de vino a la conquista y al descubrimiento. España necesita empresas de envergadura para que todas sus fuerzas y toda su virtualidad no se derrochen en despreciables miserias.

Pero el espíritu será siempre el mismo: arrojado, de rápida e intensa reacción, de temperamento sanguíneo, viril, decidido y jugándoselo todo a una carta.

Y aun más: Todavía nos ofrece el Quijote otra lección que no podemos olvidar: los supuestos desvaríos del prodigioso loco, deben servirnos también de ejemplaridad: debemos ver herejías en la sustitución de una palabra, tragedias en un cambio de postura, desgracias irreparables en un gesto; hecatombes en una actitud; castillos en los mesones y malandrines en unos pastores, y soldados en un rebaño. Porque bien claramente ha visto esta generación del 36, de universitarios, de combatientes, de muchachos, que la inocuidad aparente de unas lecciones de cátedra trajeron como secuela el desorden de las inteligencias y el desvío de los corazones; y vieron también cómo los ejercicios gimnásticos de unos mi-

litantes de ciertos partidos se convertían en entrenamientos militares; y contemplaron cómo la contemporización con unos postulados, al parecer sin trascendencia y abstractos, provocaron situaciones de honda angustia; y sorprendidos pudieron constatar cómo la inhibición petulante y cómoda en la política del país, originaba las masacres y tremendas catástrofes que solo una guerra cruel y sangrienta pudo terminar entre soldados muertos cara al sol y heroismos anónimos de las retaguardias hambrientas de pan y de paz, y sedientas de agua y de lenitivos para sus dolores.

Recordamos el «Antiquijote» de Tomás Borrás que no es precisamente el que propugna Gimenez Caballero. Y Borrás pertenece también a la misma generación del 36. En esta corta obra es Sancho y el Barbero quienes se dirigen a un castillo en que una Princesa está enferma de amor. El castillo es verdadero castillo con almenas y barbacas; la Princesa es real Princesa de juventud primaveral y ansias evidentes; y la enfermedad es positiva enfermedad de angustias incontenibles, de palidez rostral y de legítimo decaimiento de ánimo.

Y Sancho, a quien han ganado ya los sueños de su señor Don Quijote, ve real castillo y auténtica Princesa y clara enfermedad de amor, mientras que el Barbero, ahíto de positivismo y partidario de un realismo santotomasiano y a ultranza, alcanza a divisar tan solo venta en el alcázar, mozas de partido en las doncellas, cabrero en el respetable anciano padre de la Princesa, cebollas en las rosas y dolor de tripas en las melancolías de la adolescente y hermosa niña de dieciocho años, que el viejo rapabarbas veía tan solo como Maritornes bisoja y carichata.

Y es que Barberos como este hay muchos a quienes podría decir también Sancho: «Son lunáticos al revés, que no tienen ojos sino para lo vulgar y achatado, corriente y moliente, chico y ruín, como en el Evangelio de la Santa Misa se dice: «Tienen ojos y no ven...»

Resumamos: Creemos que son infundadas cuantas aseveraciones se hacen a Cervantes, al Quijote y a su ejemplaridad, como

determinantes de un espíritu liberal, burgués y antiespañol: Tenemos la convicción de que el Quijote es el libro ejemplar, que no solo nos retrata fielmente, sino que nos da la lección sublime de que hay que prevenir y luchar abiertamente—y decididamente—contra las pequeñas causas—«No hay enemigo pequeño»—para evitar las grandes catástrofes. Y sospechamos que la generación del 36, o al menos algunos de sus epigonos, no han acertado al enjuiciar tan desgraciadamente la obra cervantina, por cuanto que esta generación ha sentido en sí misma toda la grandiosa verdad de la posición quijotesca: la necesidad de gruerrear contra lo que parece inocuo para salvar lo trascendente; la obligación de lanzarse a la palestra sin pensar en tener cubierta la retirada—¡oh recuerdo de Hernán Cortés y sus naves ardiendo!—ni si existe el suficiente armamento que garantice la victoria; el convencimiento de que hace más el ánimo que las cartucheras repletas; el sentimiento certero de que todos somos, aún contra nuestra voluntad, verdaderos quijotes; la creencia de que no hay enemigo despreciable y de que se precisa la fé, para que no tengan que decirnos como al Barbero del cuento de Borrás: «Destos cegatos es ejemplo aquel apóstol Santo Tomás, que tenía al mismo Dios delante, y creía, al tocar los huesos de Dios como hombre, lo que no le convenció la palabra de Dios, como Dios».

Y no pensemos ni por asomó en renegar nosotros—esta generación a la que pertenecemos todos por aquello que decía un moderno político y escritor: por, percibir el sentido trágico de la época en que vivimos y por si solo aceptarlo, sino recabar para nosotros la responsabilidad del desenlace —; no pensemos, digo, en renegar los del 36 de la obra genial de Cervantes, porque como ya aseguraba Menéndez y Pelayo, «por ser, precisamente el Quijote obra de genio y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que a nadie se le ocurre aplicar a las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa».

Sí; pero que talentos reflexivos y medianías laboriosas no quie-

ran tergiversar, por cualquier razón, las interpretaciones naturales y ejemplares de la genil obra cervantina: ¡Qué la Generación del 36 aún cree en el Quijote!